

EL MAPA SECRETO DE CRISTÓBAL COLÓN



TANTO en Europa como en América, determinadas personas que pasan por ser especialistas consagrados en temas colombinos parecen más interesadas en mantener a toda costa el italianismo de Colón y en calificar el éxito del descubrimiento de América como fruto de la casualidad, que en encontrar la verdad. Es decir, pretenden hacernos creer que el Almirante, navegando hacia el poniente, quería llegar al Cipango (Japón) y a Catay (China), pero que se

encontró, porque estaban en el camino, nuevas islas y tierras que resultaron ser un Nuevo Mundo, otro continente.

Y así lo siguen repitiendo y se engañan a sí mismos y, lo que es peor, se oponen a que la verdad flote sobre el engaño como el aceite lo hace sobre el agua. El ejemplo más claro es que existen mapas de los siglos XIII y XVI, en los que aparece cartografiado el nuevo continente, tanto las costas orientales como las occidentales, y hasta el continente completo emergiendo entre dos océanos. Y lo más importante es que se trata de unos mapas de zonas no descubiertas o exploradas oficialmente por los navegantes europeos que surcaron el Atlántico antes de que lo hiciera Colón. Lo mismo sucede con la costa americana bañada por el Pacífico, que aparece dibujada antes de que fuera explorada por los españoles a partir de 1513.

Se trata, pues, de unos mapas —nos referimos a los prototipos antiguos— que fueron trazados por personas que todavía nos son desconocidas. En cambio, conocemos perfectamente a los cartógrafos que dibujaron y copiaron mapas antiguos en los siglos XV y XVI, en los que aparecen tierras aún no descubiertas. Curiosamente, como iremos viendo, la gran mayoría de ellos son judíos, incluido Colón, que era criptojudío. Es decir, estamos ante la conexión judía que hizo posible el «descubrimiento» del Nuevo Mundo. Unos colaboraron con mapas o aportando conocimientos astronómicos, y los otros con dinero. Entre los últimos, Luis Santángel y Gabriel Sánchez, *escrivá de ración* y tesorero de la Corona de Aragón, respectivamente.

Lo más curioso, lo paradójico, es que la historia oficial evita de manera cuidadosa hacerse preguntas. ¿Por qué tanto miedo a descubrir la verdad? Pues bien, vamos a estudiar estos mapas y prestaremos especial atención al de Martín Waldseemüller, de 1507, en el que aparece por primera vez el nuevo

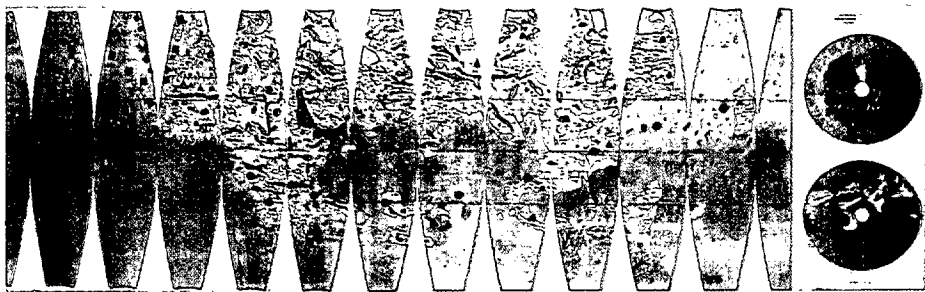
continente entre dos masas oceánicas, separado de Asia y bautizado incomprensiblemente con el nombre de América en honor de Américo Vesputio, a pesar de que el famoso cartógrafo alemán y sus colaboradores sabían muy bien, y así se refleja en el mapa, que fue Cristóbal Colón quien descubrió el Nuevo Mundo.

Globo terráqueo de Martín Behaim

El globo más antiguo que se conserva fue construido por Martín Behaim, nacido en Nuremberg el año 1459, y fue presentado en su ciudad natal el año 1492. Está dibujado sobre pergamino, envolviendo una esfera de 0,541 m, y las leyendas del mapa están basadas en el Atlas de Ptolomeo, en los relatos de los viajes de Marco Polo y otros viajeros de la Edad Media, en expediciones portuguesas y en el mapa del norte de Europa, publicado en la edición de Ptolomeo, impreso el año 1482 en Ulmae.

Por lo que respecta al Mediterráneo y al mar Negro, todo indica que Behaim desconocía los portulanos catalanes e italianos, pero, en cambio, las costas de Inglaterra, de las Azores y Canarias, de Cabo Verde y de África, así como las de Islandia, «señalan observaciones personales o conocimiento de documentos originales —dice Carlos Sanz— desconocidos para nosotros». Posiblemente, Waldseemüller usó el globo de Behaim o los documentos originales en que está basado (1).

Behaim, que después de estudiar astronomía en Nuremberg se dedicó al comercio, trasladándose hacia 1475 a Amberes, de donde marchó para residir en Portugal. En 1485 casó con Joanna de Macedo, hija de Josse van Hurter, capitán donatario de las islas Fayal y Pico en las Azores. Gracias a sus conocimientos de astronomía y matemáticas, fue nombrado miembro de la *Junta dos Mathematicos* encargada de descubrir métodos prácticos para determinar la



El conocido globo terráqueo de Martín Behaim, dividido en doce «duelas».

(1) SANZ, Carlos: *Mapas antiguos del mundo* (siglos XV-XVI). Madrid, 1961.

situación de una nave en la mar, «y no cabe duda que Martín Behaim hubo de conocer a Cristóbal Colón mientras ambos residían en Portugal» (2). Así, pensamos, no ha de extrañar que Behaim tuviera información de primera mano sobre Islandia, ya que Colón participó en una expedición luso-danesa en 1476 a dicha isla. Escribió Colón: «Yo navegué año de cuatrocientos y siete, en el mes de hebrero, ultra Tile isla cient leguas...» (3).

En 1491 Behaim se trasladó a Nuremberg y allí construyó su globo terráqueo; en 1493 regresó a Portugal, falleciendo en Lisboa el 29 de julio de 1506. Además del globo a que nos hemos referido, parece ser que Martín Behaim o su hijo, también llamado Martín, construyeron otro globo que se menciona en el viaje de Magallanes, similar al de Johann Schöner, que estudiaremos más adelante (4).

Mapa universal de Nicolás Caverio, de 1502

Está dibujado sobre pergamino, manuscrito y policromado. Compuesto de diez piezas o cuarterones formando un rectángulo de 2,25 x 1,15. Se encuentra en la Biblioteca Nacional de París.

Es una carta de navegación portuguesa, sin fecha, firmada por el genovés Nicolás Caverio. Se trata de un prototipo lusitano, y realizada, probablemente, en Portugal, pues de haberla ejecutado en Italia no hubiera inscrito las leyendas en lengua portuguesa. La nomenclatura del Caverio ofrece particulares coincidencias con el mapa de Cantino, que denuncian su derivación del mismo prototipo.

Al igual que en el mapa de Cantino, aunque no muy fielmente, aparece la carta total del golfo de México. «Quién facilitó las noticias», se pregunta Francisco Morales Padrón, señalando que «... se tenía interés en completar el conocimiento de la fachada continental, en el tramo Yucatán-Florida. Este arco, que si damos por ciertas las expediciones de Vesputio (1497) y de Yáñez Pinzón-Solís (1508-1509), ya había sido recorrido total o parcialmente, fue verdaderamente descubierto por las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1507), Juan de Grijalva (1518) y Álvarez Pineda (1519)».

Respecto a la costa noroeste de los actuales Estados Unidos, Morales Padrón dice que «cabe suponerla imaginaria, ya que en esta fecha sólo navegantes clandestinos podían haber visitado tales tierras.» Pero, ¿y la nomenclatura? (5).

(2) SANZ, Carlos: o. c.

(3) VARELA, CONSUELO, y GIL, Juan: *Textos y documentos completos*, Madrid, 1982, p. 167.

(4) SANZ, Carlos: o. c.

(5) MORALES PADRÓN, Francisco: *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Madrid, 1981, pp. 191, 199 y 252.



Planisferio de Alberto Cantino de 1502. (Colección «Biblioteca Estense», Módena, Italia).

ral dibujado cubre una distancia desde los 37 grados hasta los 50 grados de latitud norte, según la escala inscrita en el mapa de Nicolás Caverio, y que nos servirá de tipo para medir la de este mapa, y está cuajado, además, con las diversas representaciones de golfos, estuarios y cabos.

Así explica el mapa Carlos Sanz (6) y añade que «si comparamos la delineación en el Cantino con la representación de los mapas actuales, hemos de

(6) *Mapas antiguos del mundo*, pp. 67-74.

reconocer la extraordinaria semejanza que ofrece a primera vista la línea costera que se extiende desde Florida al río Delaware o Hudson». Un hecho que parece inadmisibles, teniendo en cuenta que Sanz considera la creencia general que los europeos no vieron ni pisaron las playas del sur de los estados medios de Norteamérica antes de Juan Ponce de León, en 1512 ó 1513; Verrazano llegó allí en 1523 y Lucas Vázquez de Ayllón, en 1525.

Se impone una explicación —señala Carlos Sanz— y expone que la primera suposición fue que la línea costera de esta porción del Nuevo Continente pudiera ser una continuación del litoral marítimo de Asia. La segunda hipótesis consiste en presuponer que esta región se identifica con la península del Yucatán. La primera respuesta a esta suposición es que del Yucatán no se tuvo noticia cierta hasta que Francisco Fernández de Córdoba regresó a Cuba en 1517, a la vuelta de su expedición a estas costas que aparecen en el Cantino.

«Una tercera interpretación —según Carlos Sanz— es considerar imaginaria esta representación costera, y derivada de las vagas declaraciones de Colón sobre la existencia de un continente al oeste de las islas que había descubierto. Pero se hace difícil admitir que, además del trazado, inventaran los constructores de mapas la nomenclatura que abarca un total de veintiún nombres para esta sola región que, según Humboldt, serían tomados, configuración y nombres, de un prototipo antiguo, que supone traspapelado en los archivos de Italia y España».

Mapa de Martín Waldseemüller, de 1507

Es el primer mapa universal en el que aparece impreso, por primera vez, el nombre de América y cuyo original se compone de doce planchas o cuarterones, midiendo cada uno 45,5 x 62 centímetros. Es sabido que salieron de imprenta mil ejemplares y tiene la particularidad de que se presentan los hemisferios tal como nos son conocidos en la actualidad. La palabra América se encuentra bien destacada en la zona sur del nuevo continente, en Argentina, bien visible y a la altura de los ojos, ya que el planisferio se exponía como mural. El propio autor del mapa, Martín Waldseemüller, razona en su *Cosmographiae Introductio*, que acompañaba al mapa, la imposición de este nombre, como veremos más adelante.

Un mapa sobrecogedor

La historia moderna de este mapa se remonta a 1901, año en que Josef Fischer, profesor de geografía en Feldkirch, Austria, descubrió en la biblioteca del príncipe Francisco Waldburg-Wolfegg, en el castillo de Wolfegg, en Wurtemberg, un volumen que contenía el mapamundi de 1507 y la carta mari-

na de 1516, que también está compuesta por doce cuarterones de las mismas dimensiones que el mapa de 1507, formando un cuadrilátero de cuatro hojas en el sentido horizontal por tres en el vertical.

El mapa de Waldseemüller presenta Europa y Asia siguiendo a Ptolomeo, ampliando la toponimia gracias a diversos relatos de viajes, especialmente de Marco Polo, y de los descubrimientos portugueses, que doblando el cabo de Buena Esperanza llegaron hasta Calicut. En cuanto al hemisferio occidental, «descubierto» por Colón en 1492, «emerge en una gran zona marina, considerablemente apartada de Asia, simulando la proyección originalísima de Waldseemüller una visión tan real y certera, muy especialmente en los pequeños hemisferios que, como remate ornamental, figuran en la parte superior, que incluso se advierte en el trazado del mapa principal un estrecho que separa las dos masas continentales y rememora el actual de Panamá. Repárese que por aquellos días del año 1507 no se conocían las verdaderas proporciones de los descubrimientos realizados por Colón y otros navegantes que le sucedieron, desconociéndose la existencia del mar del Sur (Pacífico) y apenas se había explorado una parte del litoral oriental de aquel Nuevo Mundo, que con tan ingenua como incomprensible tenacidad, defendió el Almirante ser parte del continente Asiático».

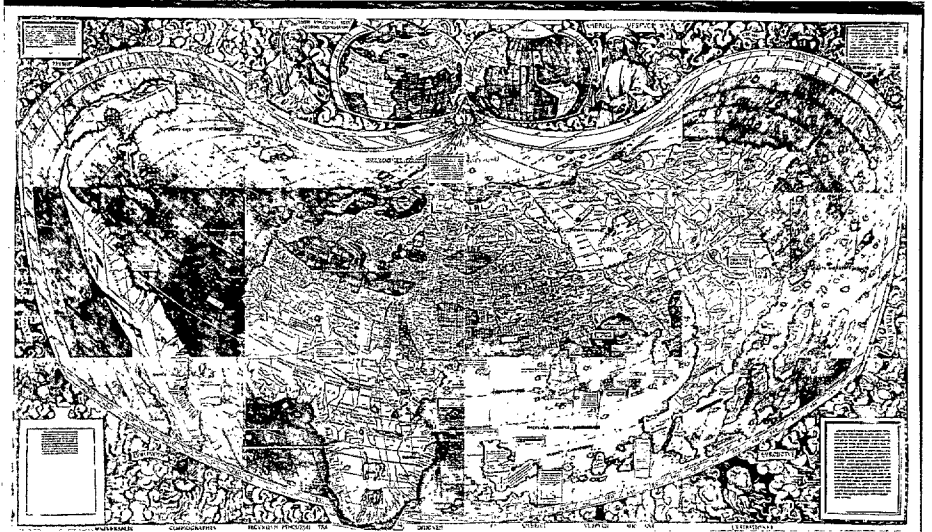
Con estas palabras analiza Carlos Sanz (7) el mapa de Waldseemüller, añadiendo: «... y sobrecoge el ánimo el contemplar la gran masa terrestre abrazada por los dos océanos que, en realidad, la circundan».

Un hecho curioso —comenta Carlos Sanz— es que mientras en el mapa de 1507 se muestra el nuevo continente completamente independizado de Asia, en la Carta Marina de 1516 Waldseemüller sitúa la isla de Cuba como formando parte de Asia: «Terra de Cuba-Asie partis». Indudablemente, el cartógrafo se alejó de su primera y acertada posición, inclinándose después por las tesis equivocadas de Colón de haber llegado a Cipango y a la provincia de Catayo, en China.

En cualquier caso, nosotros estamos convencidos de que Colón sabía muy bien que había llegado a un Nuevo Mundo. La prueba es que en todos los sitios donde desembarcaba, tomaba posesión de islas y tierras firmes en nombre de los reyes de Castilla y León. ¿Quién puede creer que, si pensaba que había llegado al Japón o a China, se habría atrevido a ocupar unos territorios pertenecientes a otros soberanos?

Sin embargo, Carlos Sanz hace otra acertada reflexión sobre las importantes diferencias que se aprecian entre los mapas de 1507 y de 1516. Se trata de que alguien pudo ejercer presión sobre Waldseemüller, posiblemente los hermanos e hijos del Almirante, porque en aquel tiempo se disputaba el famoso pleito entre los herederos de Cristóbal Colón y la Corona sobre el cumplimiento de las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas el 17 de abril de 1492 y

(7) SANZ, Carlos: o. c., p. 90.



Mapa universal de Martin Waldseemüller, conservado en el castillo de Wolferr (Alemania).

confirmadas el 23 de abril de 1497. En este caso, la familia del Almirante intentaba engrandecer la figura del descubridor, que se veía ensombrecida por la propaganda que enaltecía a Vesputio.

Las fuentes utilizadas para elaborar el mapa de 1507 son conocidas porque Waldseemüller lo dice en la *Cosmographiae Introductio*: Ptolomeo, Marco Polo y Américo Vesputio y otros citados en varios pasajes de la *Cosmographiae*, basada en los cuatros viajes de Vesputio, publicados en italiano con el título de *Lettera di Americo Vesputi delle isole nuovamente trovate in quatro suoi viaggi*, que Waldseemüller encontró en una versión francesa (8).

Otras fuentes que utilizó Waldseemüller fueron el mapa de Caverio, para delinear en el suyo los límites orientales del Nuevo Mundo, y el globo de Martín Behaim para dibujar las partes de SW asiático, que figuran en su gran mapa y no en el antiguo de Ptolomeo. Por otra parte, para comprobar lo dicho, basta con comparar superpuestos el globo de Behaim y el de Waldseemüller, observándose que «ambos coinciden con exactitud sorprendente» (9).

Sin embargo, Waldseemüller tuvo que utilizar otras fuentes de información que nos son completamente desconocidas, unos mapas en los que forzosamente había cartografiado el continente que buscaba y encontró Colón.

El mapa de Waldseemüller fue elaborado a más de 800 kilómetros del mar, en la localidad francesa de Saint-Dié, en la que el duque de Lorena, René II,

(8) SANZ, Carlos: o. c., p. 92.

(9) VARELA, Consuelo: o. c., pp. 162-167.

creó el *Gymnase Vosgien*, donde trabajaron el cartógrafo alemán y otros científicos apasionados por la cosmografía. Curiosamente René II era nieto y heredero del prestigioso rey Renato de Anjou —que fue rey de Cataluña y enemigo mortal de Juan II, padre de Fernando el Católico— con quien Cristóbal Colón había navegado de corsario, según su propio testimonio escrito en La Española en 1495 (10), en una carta a los Reyes: «A mí me acaeció que el rey Reynel, que Dios tiene, me enbió a Túnez a prender la galeaça *Fernandina*, y estando ya sobre la isla de San Pedro, en Cerdeña, me dixo una saltía que estaban la dicha galeaça dos naos y una carraca; por lo cual se alteró la gente que iba conmigo, y determinaron de no seguir el viaje, salvo de se volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo visto que no podía sin algún arte forçar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el çevo de la aguja, di la vela al tiempo que anocheçia, y otro día, al salir del sol, estábamos dentro del cabo de Carthágine, tenido todos ellos por çierto que íbamos a Marsella».

Hemos visto de manera clara la relación que existía entre Cristóbal Colón y los Anjou. Nuestra sospecha es que el corsario y futuro descubridor del Nuevo Mundo habría obtenido una copia de un mapa secreto del rey René, con el cual negoció en Portugal y en Castilla hasta conseguir sus objetivos: naves y dinero para realizar el viaje. Esta es una explicación de lo sucedido, y la otra sería que los Anjou tenían mapas antiguos elaborados no sé sabe cuándo ni por quién, pero que fueron puestos a disposición de Cristóbal Colón, primero, y después pasarían a manos de los sabios en Saint-Dié para levantar el Mapamundi de 1507, en donde encontramos representado por vez primera el cuarto continente: América.

América, femenino de Américo

En el capítulo 9 de la *Cosmographiae Introductio* se habla de las nuevas tierras descubiertas a partir de 1492, destacando la figura de Américo Vesputio, «hombre de inteligencia penetrante», y sin nombrar a Cristóbal Colón. Entonces, no se sabe cómo, los científicos de Saint-Dié llegaron a la conclusión de que se habían de bautizar los nuevos territorios hallados con el nombre de América, femenino de Américo, recordando que también Europa y Asia tienen nombre de mujer.

Y llegamos al momento en donde se definen las tierras descubiertas como una isla: «Así, las cuatro partes de la tierra son conocidas de hoy en adelante: las tres

(10) RONSIN, Robert: *Decouverte et bapteme de l'Amérique*. Jarville La Malgrange, 1992, p. 89.

Enciclopedia Universal Espasa-Calpe, vol. 10, p. 357, y vol. 18, p. 1.352.

RONSIN, y JÉRÔME MILLON, Albert: *La fortune d'un nom America-Le baptême du Nouveau Monde à Dié-des-Vosges/Cosmographiae Introductio*. Audenas d' Ardèche, 1994, pp. 23-26.

primeras son continentes, la cuarta es una isla, puesto que se ve rodeada de agua por todas partes. E igual que el mar es único, como la tierra, está por tanto separada en numerosas partes y llena de innumerables islas de toda clase» (11).

Así pues, sin lugar a dudas, Waldseemüller y su equipo sabían en 1507 que las tierras «descubiertas» por Colón y exploradas, también por Vespuccio, eran un continente enorme que ellos denominan «isla». En realidad, en el mapa que estamos estudiando, América aparece como tal y entre dos océanos. Lo dicho, no sólo estamos ante un mapamundi sobrecogedor, sino desconcertante.

En busca de un estrecho hacia el mar del Sur

En el cuarto viaje que Colón realizó al Nuevo Mundo, entre 1502 y 1504, buscaba con ahínco un estrecho en la zona del actual canal de Panamá. Es un hecho documentado y que sólo puede explicarse por la razón de que dicho paso entre el Caribe y el Pacífico está dibujado en el mapa de Waldseemüller.

Cristóbal Colón buscaba un estrecho, y así lo explica su hijo Hernando en *Historia del Almirante*, publicada en Venecia el 25 de abril de 1571. Dice así: «... siguió su camino de descubrir el estrecho de Tierra Firme para abrir la navegación del Mar del Mediodía, de lo que tenía necesidad para descubrir las tierras de la especiería (...). Por ello determinó seguir el camino hacia el Oriente hacia Veragua y el Nombre de Dios, donde imaginaba que estaba el estrecho...» (12). Hernando Colón estuvo en el cuarto viaje y, por tanto, sabe lo que dice.

En los pleitos colombinos, entre los herederos de Cristóbal Colón y la Corona española, en el *Rollo del proceso de Dueñas y probanzas del fiscal y del Almirante (1534-1536)*, encontramos una declaración del notario Diego Méndez, el cual dice en relación a las exploraciones de la costa de Paria y Veragua para saber quién descubrió la tierra firme: «... porque andando navegando esta costa con el Almirante don Christoval Colón andavan buscando estrecho que pasase de la Mar del Norte (Atlántico) a la del Mediodía (Pacífico) e que nunca hallaron ni se ha hallado hasta agora» (13).

Pues bien, ya que Colón buscaba un estrecho y tras comprobar que ese estrecho sí se encontraba dibujado en el mapa de Waldseemüller, nos preguntamos si lo habría habido en la antigüedad. Efectivamente, el hecho nos fue confirmado, en principio, en la *Enciclopedia Universal Espasa-Calpe* (14):

(11) *Cosmographiae Introductio*, o. c., pp. 160-161.

(12) COLÓN, Hernando: *Historia del Almirante*. Edición de Luis Arranz, Madrid, 1984, pp. 295-296.

(13) Escuela de Estudios Hispanoamericanos: *Pleitos Colombianos*. vol. VIII, Sevilla, 1964, p. 446.

(14) *Enciclopedia Universal Espasa-Calpe*, vol. 41, pp. 559-560.

«Debe admitirse que en el actual emplazamiento del istmo de Panamá se encontraba en otro tiempo un canal más o menos ancho, que unía el Atlántico y el Pacífico».

A partir de este conocimiento, iniciamos una serie de contactos en Washington, y el 23 de enero de 1997 contestó a nuestras preguntas en el sentido de si hubo un paso en el istmo de Panamá antes de la construcción del canal, Richard Krushensky, director del Departamento para América Latina del U. S. Geological Survey, quien nos explicó que hubo un estrecho entre América del Sur y América Central a finales del Mioceno. Según Krusliensky, al Mioceno se le han asignado varias edades, pero recientes estudios señalan que se extendió entre 25 millones de años a 5,3 millones de años antes de nuestro tiempo. Su respuesta a nuestra pregunta la resumimos así: «... the answer, in the least complicated terms, is yes, there was a strait between the South American continent and Central America as late as the Miocene».

Al mismo tiempo, recibimos del U. S. Geological Survey, el texto de una conferencia publicada en agosto de 1996, un trabajo dirigido por la doctora Laurel S. Collins, titulado «The tale Miocene Panama Isthmian strail», en donde se describen y sitúan tres corredores marinos diferentes que cruzaban el istmo. En conclusión, señala el estudio geológico al que nos estamos refiriendo que el paso marítimo entre los dos océanos se habría cerrado hace unos 3,5 millones de años.

Sin embargo, la cuestión se complica a la hora de saber con exactitud o de manera aproximada cuándo se cerró verdaderamente, en la práctica, el antiguo estrecho, porque no hay datos concretos sobre el asunto.

Así que nos pusimos a estudiar el tema (15) para intentar hallar respuestas a unas preguntas que hemos de situar en el túnel del tiempo. En primer lugar, nos enteramos de que en vísperas del «descubrimiento español» del Nuevo Mundo, alrededor de 40 millones de nativos americanos vivían en el hemisferio occidental; que nuestros conocimientos actuales sugieren que los antepasados de los indios llegaron a América hace más de 20.000 años, y que los primeros grupos humanos alcanzaron su extremo meridional antes del noveno milenio a. de C. Por otra parte, la última de las glaciaciones, llamada Wisconsin en Norteamérica, fue la más dura de todas y se prolongó aproximadamente desde el año 80.000 hasta el 7.000 a. de C.

Respecto a Nicaragua, y en relación a los lagos, que fueron antiguos brazos de mar, se dice que «estos lagos formaban parte de la cuenca oceánica, quedando aislados debido a una serie de erupciones volcánicas y movimientos tectónicos. Las aguas saladas, en un principio, se dulcificaron con el transcurso del tiempo, adaptándose progresivamente a estos cambios la fauna oceánica que había quedado atrapada en su interior. Debido a esta particular génesis,

(15) SNOW y BENSON: *América Antigua-Civilizaciones precolombinas*. Ediciones Folio, Barcelona, 1989, pp. 28, 30 y 93.

estos lagos son los únicos del mundo que cuentan con fauna oceánica entre cuyas especies atípicas se encuentran tiburones de agua dulce».

Ampliando el tema, se puede añadir que Nicaragua presenta un relieve agitado por terremotos y erupciones volcánicas, unido a la presencia de grandes masas lacustres. Estos lagos —Nicaragua (Cocibolca), de 8.260 kilómetros cuadrados de superficie, y Managua (Txolotán), de 1.000 km—, formaban parte de la cuenca oceánica, quedando aislados debido a una serie de erupciones volcánicas y movimientos tectónicos. (16).

Otros datos importantes señalan que «según informes que los indios dieron a los españoles durante la conquista, anteriormente se formaba del lago de Nicaragua otro río que se dirigía al Pacífico y cuyo antiguo lecho estaba todavía marcado por una depresión». Otro hecho notable es que «el río San Juan o Desaguadero es, ante todo, notable por ser vía de comunicación entre los dos océanos»; y queremos también destacar que en el lago de Nicaragua abundan mucho los peces. Froebel encontró hasta seis especies hasta entonces no descritas, entre ellos el morraja (...) y, además, el tiburón, a pesar de que, por su organización, están destinados a vivir en agua salada. Los pescados de mar son numerosísimos, y se distinguen los del Atlántico y del Pacífico» (17). Hemos visto, pues, por una parte, que los indios informaron a los españoles de que había habido una comunicación entre el lago de Nicaragua y el Pacífico por un antiguo río y, por la otra, que por el río San Juan hay comunicación entre el mar Caribe y el lago de Nicaragua. Entonces, todo indica que antes de la llegada de los españoles, los indios aún sabían o recordaban que, en otros tiempos no muy lejanos, se podía realizar una navegación interoceánica.

Modificaciones del litoral

Para profundizar en el estudio del antiguo paso o canal interoceánico existente hasta no se sabe cuándo en el istmo de Panamá, pero que no puede ser muy lejano en el tiempo porque nos los encontramos dibujado en el mapa de Waldseemüller (1507), veremos a continuación unos hechos comprobados científicamente y relacionados con el nivel del mar, las modificaciones del litoral y las de la costa por los movimientos epirogénicos (18).

Digamos, en primer lugar, que las medidas de precisión realizadas en Norteamérica han demostrado que, en efecto, en algunas zonas de la costa del Pacífico, el mar está unos 50 centímetros más alto que en la costa del Atlántico. Pero esta diferencia importante se atribuye a la menor densidad media que

(16) *Geografía Universal*. Instituto Gallach, Barcelona, 1993, «Nicaragua», pp. 1606-1608.

(17) *Enciclopedia Universal Espasa-Calpe*, Madrid, vol. 38, pp. 516-519.

(18) *Enciclopedia Labor: Geología General*, Barcelona, 1979, vol. I, pp. 303, 387, 389, 493 y 494.

tiene el agua del Pacífico respecto a la del Atlántico en los puntos comparados entre sí. Es decir, que las esclusas del actual canal de Panamá tienen su razón de existir para aprovechar los lagos de Panamá, abaratar su construcción y ganar mucho tiempo. Es más, la mínima diferencia de nivel entre los dos océanos invalida las afirmaciones de algunas personas que aún defienden la imposibilidad de la existencia de un canal, paso o estrecho natural porque las aguas del Pacífico inundarían el Caribe, causando no se sabe qué catástrofe. Pues ya saben que no.

Y pasarnos ahora al Mediterráneo, mar del que tenemos datos históricos, al contrario de lo que ocurre con los océanos que bañan el Nuevo Mundo. En el mar Tirreno, Ostia, el gran puerto de los comienzos de la época imperial, y su sucesor Portus Augusti, se hallan en la actualidad a varios kilómetros del mar, y parte de las edificaciones están sepultadas entre los escombros del delta del Tíber. En el mar Ligúrico, Pisa, un puerto fundado en la desembocadura del Arno 1.000 años antes de Jesucristo, se encontraba en la época de Estrabón (60 a. C.-23 d. C.) a 3,7 kilómetros del mar y ahora está a 12 kilómetros.

En cuanto a modificaciones en la costa debidas a los movimientos epirogénicos, se sabe por ejemplo que en Creta, el puerto de Talasarna, construido en el siglo IV de nuestra era, está elevado ahora siete metros sobre el nivel del mar. Cerca de Rovigno, en la península de Istria, en días claros se reconocen las ruinas de la ciudad de Cissa, que yace a 26 metros por debajo del nivel del mar.

Finalmente, anotarnos que se ha visto que Estocolmo asciende por siglo 38 centímetros; Finlandia, 80 cm, y el fondo del golfo de Botnia, 125 cm; el antiguo puerto de Wöra (Finlandia central), aún en uso en 1367, se halla ahora a 12 km de la costa (19).

Así las cosas, ¿qué cambios habrán experimentado las costas americanas y de los cuales no tenemos noticias?

Con los informes y antecedentes señalados nos pusimos en contacto con la doctora Laurel S. Collins, prestigiosa profesora del Departamento de Geología de la Universidad Internacional de la Florida, en Miami, y admitió en la entrevista que mantuvimos con ella en abril de 1997 que pudo mantenerse una comunicación interoceánica por los lagos y ríos del istmo de Panamá antes de la construcción del canal actual. La reunión de trabajo fue seguida por Guillermo Cabrera Leiva, popular redactor del «Diario las Américas», que publicó la noticia de la entrevista en la edición del 27 de abril de 1997. Entre otras cosas, en la larga exposición, decía: «La Dra. Collins expresó que tal posibilidad existiría hace unos cuantos millones de años con la salvedad de que algunos ríos de la región, conectados entre sí, pudiesen facilitar, hace tal

(19) ELLIOT MORISON, Samuel: *The Caribbean as Columbus saw it. The Columbus papers; Colón, la China y el Japón.*

vez miles de años, un estrecho paso interoceánico que fuese aprovechado por los indígenas de la región».

En definitiva, la doctora Collins, que es una experta en estudios geológicos llevados a cabo en el istmo de Panamá, admitió que la acción volcánica y el movimiento de placas tectónicas pudo haber sido la causa del cierre del estrecho, paso o canal entre los dos mares.

Sin embargo, aún no sabemos la antigüedad del prototipo del mapa que utilizaron Cristóbal Colón en sus viajes y Martín Waldseemüller para elaborar su mapamundi de 1507. En cualquier caso, es una prueba de que el continente «descubierto» por Colón, llamado después América, era conocido por navegantes de la antigüedad, que, además, al parecer, tenían medios para levantar cartas náuticas y mapas.

Mauricio Obregón y el mar del Sur

Rector y catedrático de la Universidad de los Andes (Colombia), miembro del Consejo de la Universidad de Harvard, académico de la Historia y presidente de la Comisión de Oceanografía entre otros muchos títulos, Mauricio Obregón es un historiador especializado en Cristóbal Colón y autor de varias e importantes obras sobre la vida y viajes del Almirante. Respecto al mapamundi elaborado en Saint-Dié y en 1507, Obregón dice que: «... tal vez lo más importante fue que pasó Waldseemüller Cipangu, Japón, al otro mar más allá del Nuevo Mundo. Este otro mar todavía estrecho y sin nombre, llegaba en el mapa a Catay, la China, y a la India. Así nació en la cartografía el otro mar que Colón buscaba, el que nos llevará al Ganges; mejor dicho, lo que nació fue el Pacífico, antes de que Balboa lo viera. Pero Colón nunca lo vio, ni siquiera en un mapa» (20).

¡Pues no es así de sencillo, maestro! Resulta, y usted no puede desconocerlo, que fray Bartolomé de las Casas, en el extracto del Diario de Navegación del primer viaje, hace varias referencias al mapa que llevaba Colón. Recordémoslo (21):

1.— Domingo, 16 de septiembre 1492:

«... que se había despegado de tierra, por lo cual todos juzgaban que estaban cerca de alguna isla; pero no de tierra firme, según el Almirante que dice: “porque la tierra firme hago más adelante”».

2.— Martes, 25 de septiembre 1492:

«Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela *Pinta*, sobre una carta que le había enviado tres días había a la cara-

(20) *Colón en el Mar de los Caribes*. Bogotá, 1991, pp. 297 y 302.

(21) VERDERA, Nito: *La verdad de un nacimiento-Colón ibicenco*, pp. 151 y 152.

bela, “donde según parece tenía el Almirante ciertas islas por aquella mar”».

Otra referencia en la misma singladura es la siguiente: «Y enviada con alguna cuerda, comenzó el Almirante a cartear con su piloto y marineros».

3.—Miércoles, 3 de octubre 1492:

«... y creía el Almirante que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta». Y prosigue: «Dice aquí el Almirante que no quiso detener barloventeando la semana pasada y estos días que veían tantas señales de tierra, aunque tenía noticias de ciertas islas en aquella comarca».

4.—Viernes, 2 de noviembre 1492:

«... y que supiesen de ciertas provincias y ríos de que el Almirante tenía noticia y cuánto distaban de allí».

5.—Domingo, 13 de enero 1492:

«De estas islas dice el Almirante que por muchas personas (hace) días había noticias».

Basten los ejemplos citados para demostrar que Colón tenía un mapa en su poder, su gran secreto, que necesariamente debía ser igual o muy parecido al prototipo con el que trabajaron Waldseemüller y su equipo en Saint-Dié. Un mapa en el que había dibujado un estrecho en el istmo de Panamá y por el cual, hasta no se sabe cuándo, podía realizarse la navegación entre los dos océanos.

El monarca español Carlos V fue el primero en soñar con un paso artificial que conectara el Caribe con el Pacífico, a través del istmo, pero no fue hasta el año 1881 cuando los norteamericanos iniciaron las obras de construcción del actual canal de Panamá, trabajos que duraron 33 años. Inaugurado oficialmente el 15 de agosto de 1914, el canal tiene tres grupos de esclusas: Gatún, Pedro Miguel y Miraflores, discurre a lo largo de 82 kilómetros, se cruza en 10 horas y acorta en 14.800 kilómetros el viaje entre los océanos Atlántico y Pacífico (22).

Nito VERDERA

(22) «El País», 7 de septiembre de 1997.